

PASIÓN DE LIBERTAD

LA RAZÓN. JUEVES 1 DE FEBRERO DE 2001

JOAQUÍN NAVARRO

En sus «Cantos de adiós», Walt Whitman nos dice, para terminar, algo bellísimo: «Camaradas, esto no es un libro / quien vuelve sus hojas toca un hombre». Creo que se puede aplicar con justeza al último libro del maestro Antonio García Trevijano, la cabeza más lúcida y original de nuestro pensamiento político. Lo publica FOCA y se llama «Pasiones de servidumbre». Quien vuelve sus hojas y sabe leerlas con la morosidad y el placer que exigen los buenos caldos y las mejores faenas de amor y ayuntamiento, conoce y palpa el alma del autor. En su «Discurso de la República». Antonio examinó la trama, la urdimbre y las claves de actuación y penetración de la pasión de servidumbre voluntaria, esa necesidad pasional de sumisión a la autoridad por la que ésta se consolida y se potencia aunque sea ilegítima y se comporte como una estructura de opresión o como instrumento de una oligarquía gobernante. «Frente a la gran mentira» fue la obra en que García Trevijano desenmascaró el régimen implantado después de la Transición, llamándolo por su nombre. No es una democracia. Es un Estado de partidos, una oligarquía de partidos estatales coronada por una monarquía segregada del franquismo. La democracia es otra cosa. Gobierno de las leyes, gobierno representativo y gobierno responsable. Todo ello sólo es posible en un sistema presidido y penetrado por la libertad política, la única libertad inexistente en este sistema oligárquico y la única que define un régimen democrático. Harto de heladas y laboriosas naderías, de la propaganda boba y paniaguada de los «transicionales» de todas las especies, el pensamiento de García Trevijano estallaba de hondura, originalidad y libertad.

Pero hacía falta «la tercera». La tercerona de la vencida. La síntesis plural y luminosa de García Trevijano sobre las pasiones más comunes y definidoras de los españoles y la función política que cumplen al servicio del poder. Un «paisaje de las pasiones» pintado con el conocimiento del que está dentro y el análisis distante y objetivo del que se sitúa como espectador, relator y casi entomólogo. Pero no neutral, ajeno y desapasionado. El autor examina la realidad de esas pasiones de servidumbre desde tres pasiones personales que no puede ni quiere contener: la libertad, la dignidad y el orgullo. Son la permanente incitación de la obra, la continua invitación del autor. «Todo es noble para el que se atreve a serlo», decía Goethe. La propensión humana a la nobleza no es menor que su pasión de corromperse, de obedecer o de corromper en lenguaje para que el idiotismo haga imposible la intercomprensión digna y creadora. «Es fácil vivir en el mundo conforme a la opinión del mundo; también lo es vivir en soledad conforme a la íntima opinión». Lo difícil es la pasión libertadora, la independencia mental y el coraje moral. Difícil y necesario. Sólo a su través se llega a las fuentes de la libertad política. «Todo hombre que es un verdadero hombre debe aprender a quedarse solo en medio de todos, a pensar solo por todos y, si es necesario, contra todos», decía Romain Rolland. García Trevijano lo sabe muy bien. cercado por la infamia y acorralado por la envidia de los mediocres, su asco por la greña oligárquica lo dejó solo, mas no doliente; aislado, pero no comprimido o mutilado. Es una prodigiosa coincidencia que la aparición de esta obra luminosa, rebelde, insumisa e inquietante, creada por el principal artífice de «Otras razones», coincida con el fresco, desenvuelto, provocador, hirsuto y deleitoso «Cubil de la Fiera», que encontró posada en La Razón los días consagrados a los senderos de Marte, «donde vomitan muerte los borrachos», si hemos de creer a Federico García en su «Oda a Walt Whitman». Más bien vomitan los mercenarios y los realquilados del imperio prisista, que se ponen verdiamarillos de furor y de odio.